



DANIEL HELLER-ROAZEN

Ecolalias: sobre el olvido de las lenguas

Traducción de Julia Benseñor, Katz, Buenos Aires, 2008 (Echolalias. On the Forgetting of Language, The MIT Press, Harvard, 2005).

Nunca una pérdida fue vista con tanto optimismo como lo hace Heller-Roazen al hablar de la pérdida de una lengua, tal vez porque sin esa pérdida (aunque él habla de olvido) no hay progreso. Sólo el olvido constante de las lenguas permite el nacimiento de otras: hay que ser conscientes de que continuamente algo que dejamos atrás nos permite construir algo nuevo.

Aunque únicamente al final del libro hace explícita la historia de la Torre de Babel, a lo largo de todo el libro Heller-Roazen la pasea entre líneas como tesis central de que las lenguas están irremediabilmente destinadas a perderse: “Todo el mundo hablaba una misma lengua y empleaba las mismas palabras” (Génesis, 11, 1) En la tierra de la Torre de Babel los hombres vivían con una sola lengua y pocas palabras. La confusión con la que se castigó su soberbia provocó que olvidaran esa lengua y se vieran obligados a reconstruirla para poder entenderse, comenzaron a olvidarla con la confusión y a la vez reconstruyeron otra con la que seguir comunicándose.

Confundir y fundirse desde unos elementos hacia otra sustancia completamente nueva donde los elementos se diluyen y no se reconocen: “destruir cualidades primitivas con el fin de crear una sustancia diferente”. Cada uno de los ingredientes desaparece y su destrucción

engendra una nueva sustancia. El castigo divino no fue la destrucción, sino la confusión: “con-fundió” a los hombres de manera que estos sacaron de esa fundición nuevas formas de entenderse. Y lo hicieron desde los elementos que les habían quedado tras la confusión. Citando a Dante, Heller-Roazen dice: “Cada una de las lenguas ha sido reconstruida a nuestro antojo luego de la confusión (que no fue otra cosa que el olvido de la lengua anterior)”

A partir de la historia de Babel Heller-Roazen le sigue la pista a testimonios que dejan patente que el olvido de una lengua es el paso previo para el progreso de ésta, que muestran que en todo cambio detectamos rastros de lo que fue, como señal del origen de la situación en que nos encontramos y que ese olvido es condición ineludible para poder comunicarnos y entendernos. Si la Torre de Babel es el último testimonio presentado, el balbuceo es el primero: hemos de olvidar la infinita serie de sonidos que somos capaces de emitir en el momento en que comenzamos a balbucear para alcanzar un número finito de sonidos que nos permitan comunicarnos y ser entendidos, porque la lengua es comunicación y por lo tanto las lenguas mueren no con el último hombre que es capaz de hablarla, sino con el último que es capaz de responderle.

Nada nuevo nos descubre el autor de *Ecolalias* con su invitación a conocer el pasado y atisbar el futuro como forma de comprender el presente. A no ser que lo haga en un campo como el de las lenguas, plagado en la actualidad de políticas de conservación contrarias a la tesis que defiende: “Toda letra, como cualquier otra cosa, debe enfrentar tarde o temprano su destino: con el paso del tiempo, todo signo escrito termina cayendo en desuso”. Los intentos por detener el devenir efímero de una lengua son vanos porque la lengua se escurre, tal vez más como el agua que como la arena: el obsecarse en mantenerla por encima de cualquier transformación que “la ponga en peligro”, provoca su muerte, mientras que el olvido es transformación, progreso y riqueza.

Olvidamos una lengua, pero no para permanecer callados, sino para adquirir otra que nos acerque al otro, para saber de él y a la vez para que sepa de nosotros.

Tampoco hay nada novedoso en afirmar que “el presente invariablemente contiene los restos estratificados de un pasado que se remontan más allá de la memoria del individuo que los descubre”: el sentido actual de una lengua está en aquellas lenguas olvidadas de las que ha partido y es una referencia constante al pasado que hemos sido aunque no lo hayamos conocido y que por tanto permanece olvidado para nosotros. Él mismo reconoce en Galileo el método que deben seguir los filólogos: no es suficiente estudiar las lenguas que conocemos y revolcarnos en ellas hasta desmenuzarlas y parecer así que las entendemos. Es preciso “definir una lengua presuponiendo aquello que no es”, cargarse de ficciones de lo que fue o pudo ser, ponerlas a prueba como proposiciones, propuestas, confrontándolas con la realidad que tenemos al alcance. “Recurrir a formas inexistentes de la lengua [las olvidadas] para explicar los idiomas existentes” Porque en el fondo siempre hay un poso para no olvidar, o como dice Walter Benjamin (y recoge Heller-Roazen), “algo ha de permanecer, en virtud de su esencia, inolvidado”.

Evidentemente algún rastro hemos de detectar a partir del cual construir la proposición. Y en las lenguas, como en cualquier cosa sometida a metamorfosis y cambio, encontramos en las formas actuales restos de las formas anteriores, pero de un modo que se diferencian claramente de aquello de lo que dan testimonio: “Si la transformación ha de ser perceptible como tal, debe haber algo que indique que se ha producido, algo en la nueva forma debe marcar el hecho del cambio” Pero este



LIBROS



DANIEL HELLER-ROAZEN
Ecolalias: sobre el olvido
de las lenguas

cambio no supone fractura ni catástrofe, es metamorfosis, porque de no ser así todo cambio brusco impediría la comunicación del saber de una generación a otra, olvidándose incluso la memoria de todo lo que han hecho lo que nos precedieron y desde los cuales hemos sabido progresar.

De esta manera Heller-Roazen reclama de todos los hombres el principio de lo efímero: el convencimiento de ser efímeros. Desde la propia lengua, que nos permite comunicarnos y permanecer, hasta la propia existencia: “Cada lengua vendría a reparar la pérdida de aquella tras la cual surgió y a reconocer al mismo tiempo su irremediable ausencia” Nada permanece más que en un rastro.

Lo que se nos hace evidente con *Ecolalias* es que permanecemos en una Torre de Babel, en una constante confusión fruto del olvido y la reconstrucción: “la Babel destruida persistiría en el tiempo y nosotros, confinados sin fin a la confusión de las lenguas, persistiríamos en ella en un olvido obstinado”

José V. Garibo